

serie de setenta y dos mulas conducidas por veinticinco hombres de librea. Veinticuatro de estas mulas iban cubiertas de paño rojo bordado; veinticuatro, de hermosos caparzones de tapicería, y las otras veinticuatro, de terciopelo carmesí, con riquísimos bordados de oro y plata; los arrees de estas mulas eran de chapas de oro ó de plata maciza y todas llevaban un alto penacho con muchas y magníficas plumas encarnadas y blancas. Venían después el caballerizo de Su Eminencia con veinticuatro pajes ricamente vestidos y bien montados; luego doce magníficos caballos con mantas de terciopelo carmesí bordado en oro y plata, y llevados del diestro por doce hombres; detrás de estos, en otros caballos, jinetes con la librea del cardenal, once carrozas de seis caballos y una más pequeña tirada por ocho magníficos caballos, y delante de esta carroza principal, á pesar de no ir en ella el cardenal personalmente, iban unos cincuenta jinetes, todos gente ilustre, con trajes, caballos y caparzones de un precio increíble. Después de todo esto, cien mosqueteros á caballo que constituyen la guardia ordinaria de Su Eminencia, con casacas carmesíes guarnecidas de plata, y con gran número de plumas encarnadas y blancas en el sombrero.»

Un día, el cardenal obsequió á la corte con una lotería gratuita cuyos billetes él mismo distribuyó, y cuyos lotes valían más de un millón. Francia y Europa se asombraron: «Aquella galante liberalidad, escribe Mademoiselle, causó gran impresión en la corte, en el reino y en los países extranjeros; era cosa extraordinaria y creo que no se ha visto nunca en Francia tanta magnificencia.» Mazarino buscaba este asombro y su familia también, si es cierto que sus sobrinas se divertían arrojando por las ventanas del Palacio Mazarino puñados de luises de oro para darse el gusto de que los criados se pelearan en el patio. La tribu napolitana se divertía en Francia como en país conquistado.

El cardenal presidía ó tomaba parte en todas las fiestas: carreras de sortijas, carrousels y bailes, esos juegos herederos de los torneos y de las justas con que en otro tiempo se había divertido una corte más ruda; representaciones teatrales como la que dió una noche Molière en el Palacio Mazarino poniendo en escena *L'Etourdi* y *Les Precieuses*, y sobre todo representaciones de ópera, pues había introducido en Francia la ópera italiana y hecho venir de Italia la maquinaria y las voces. Y después, los grandes festines y el juego, el juego continuo; sus compañeros habituales eran jugadores, y en cuanto á él, era «el mayor tahur» del mundo y «diestro en los juegos de manos, de cartas y de billar y en el juego de la *huchette*, en el que se pasaba tardes enteras.» Multitud de testimonios nos lo presentan sentado y jugando, de modo que cabe preguntarse cuándo, dónde y cómo trabajaba. Dirigía los negocios desde gran altura, tenía su atención en todas las cosas y se fiaba del celo y de la inteligencia de servidores admirables como Le Tellier, de Lionne y Colbert. Presidía consejos, pero, á lo que parece, sólo por fórmula, á lo menos en los últimos tiempos. «Los consejos se celebraban en su cuarto mientras le afeitaban y le vestían, y á menudo, mientras le hablaban de negocios, jugaba con su curuja y su macaco. En su cámara no hacía sentar á nadie, ni siquiera al Canciller ni al mariscal de Villeroy.»

Sería interesante conocer las relaciones que existieron entre el cardenal, la reina madre y el rey y sobre todo los sentimientos que á ellas aportaba cada uno de los tres personajes. Entre el cardenal y la reina Ana vemos que se producen reyertas de matrimonio viejo, en las que Su Eminencia trata á la Majestad como á una «camarera.» En cuanto al rey, ¿quisole realmente el cardenal por él mismo, como bienhechor y soberano? Se le alaba por haber sacrificado al interés y á la dignidad del reino el honor de casar con Luis XIV á una de sus sobrinas. En efecto, el rey, después de haber estado enamorado de Olimpia Mancini, la que se casó con el conde de Soissons, lo estuvo, y aun más, de una hermana menor de aquella, María, habiendo estallado esta pasión en el momento en que Mazarino negociaba con España una paz cuya condición parecía ser el matrimonio de Luis XIV con la infanta María Teresa. El rey no cesaba de decir con lágrimas en los ojos que quería casarse con María, pero el cardenal separó á los dos enamorados y escribió al monarca admirables cartas exhortándole á que sacrificara su amor á su gloria, á su honor y al bien del Estado. Es probable que en aquella ocasión prefiriera á un interés de familia su amor propio de ministro y de artista en política y el bien del Estado, al cual sabía que iban unidos su gloria y su honor propios. No lo creyó, sin embargo, así la juiciosa señora de Lafayette: «El cardenal, dice, que sabía que la reina no podría oír sin horror la proposición de aquel matrimonio, y que la realización de éste hubiera sido para él muy arriesgada, quiso convertir en mérito respecto de la soberana y del Estado una cosa que estimaba contraria á sus propios intereses.» Aquella joven Mancini no era muy buena sobrina, pues no daba al cardenal «cuenta alguna de sus conversaciones con el rey y adquiría sobre éste toda la influencia que podía, de modo tal que el cardenal comenzaba á temer que adquiriese demasiada.» Mazarino debía saber que sus sobrinas, á quienes no trataba bien, no le querían. Hortensia Mancini ha escrito en sus Memorias: «Nunca tuvo persona alguna modales más dulces en público y más rudos en su casa y todos nuestros humores é inclinaciones eran contrarios á los suyos.» Por esto, al tener noticia de su muerte su hermano y su hermana María, por todo pésame, se dijeron uno á otra: «A Dios gracias ha reventado.» Y añade Hortensia: «A decir verdad, no fué mayor que la suya mi aflicción.» Quizás, pues, no tuvo Mazarino tanto mérito al rechazar el enlace de Luis XIV con su sobrina, á la cual aconsejó que buscara confortación en las obras de Séneca, que le regaló.

No es cierto que mantuviera de propósito al rey en la ignorancia de los negocios, puesto que expuso al joven soberano, en cuanto estuvo en estado de comprenderlos, los grandes asuntos por lo menos y le dió su opinión sobre ellos. Además el rey asistía á algunos consejos y si al principio parecía aburrirse en ellos, luego escuchó con gran atención lo que en ellos se decía. Otras veces iba á casa del cardenal á tomar largas lecciones de política, durante las cuales le preguntaba á preguntas. Mazarino elogiaba aquella curiosidad, admiraba al rey y predecía un gran reinado, pero ¿no pensaría de cuando en cuando que aquel joven, quizás, encontraba que tardaba demasiado en llegar el tal reinado?

Bien es verdad que el rey le quería, al parecer, más que á nadie. El embajador de Venecia, en un relato de 1660, después de haber hablado de los sentimientos de Luis XIV para con la reina su madre, para con la reina su esposa y para con Monsieur, añade que «en el cardenal parece concentrada toda la fuerza de sus afectos» y habla de una «simpatía oculta» y de una subordinación de alma y de inteligencia del rey con relación á su ministro. La admiración que el joven príncipe sentía por el hombre de quien creía que había salvado su Estado, y el temor por él confesado de ver reproducirse los disturbios en el caso de que faltara el cardenal, no bastan á explicar ese estado «de alma y de inteligencia.» En la extraña correspondencia de Mazarino y Ana de Austria, las personas son designadas con nombres convencionales: la reina se llama *Zabaoth* ó los *Serafinos*, Mazarino el *Mar* ó el *Cielo* y el rey el *Confidente*. ¿Sabía, pues, el monarca el gran secreto? Mazarino escribía en cierta ocasión á la reina que estaban unidos, ella y él, por lazos que una y otro creían que no «podían ser rotos por el tiempo ni por ningún esfuerzo que para romperlos se hiciera.» Aquel joven serio y discreto fué tal vez el «confidente» de aquellos lazos. De todos modos, reina, cardenal y rey formaban un trío indivisible. En agosto de 1658, Ana escribía á Mazarino:

«El confidente no os escribe; de todos modos no conocéis diferencia entre nuestras escrituras ni entre nuestros sentimientos, puesto que son para vos una misma cosa y que, aun cuando sea una sola mano la que escriba, los corazones son conformes en amistad (1).»

Preciso era que el cardenal tuviese seguridades especiales para atreverse, siendo como era tan prudente, á hacer ostentación de su poder, al mismo tiempo que negaba á la reina Ana hasta la apariencia de una autoridad y de una consideración, y de sus riquezas, cuando reducía á la corte á la porción congrua, hasta el punto de que la mesa y las habitaciones reales eran más que modestas. «Todas las noches se jugaba tres ó cuatro mil pistolas... y dejaba á su sobrina, la condesa de Soissons, sumas inmensas,» y no le daba á la joven reina, por muchos ruegos que le dirigiera la reina madre, la más pequeña cantidad para que se entretuviese en el juego.

Momentos había, sin embargo, en que se sentía preocupado, pues veía en su pupilo una gran ambición y una moralidad muy distinta de la suya y comprendía que todo su poder y todo su esplendor eran artificiales y que una palabra podía desvanecerlos.

Un medio de salir de aquella situación falsa habría sido ocupar el solio pontificio. En diciembre de 1655, un jesuita le escribía que la Curia romana estaría pronto á la disposición de Su Eminencia:

«En todas las antecámaras y en todas las compañías no se habla más que de lo obligada que le está la cristiandad y sólo se oye resonar el coro de sus alabanzas. Los más conocedores opinan que será el árbitro de los cónclaves y que podrá poner la tiara en la cabeza de quien le placera, incluso en la suya si así se le antoja.»

(1) Cheruel, *Histoire de France sous le ministère de Mazarin*, t. III, pág. 188.

El padre de Choisy, que afirma que el cardenal murió «en la visión de hacerse papa,» añade: «Sabía que el rey no escatimaría nada para hacerle triunfar, por amistad, por gratitud, por gloria y acaso también para deshacerse honrosamente de un primer ministro que comenzaba á serle molesto.» Pero el rey y el cardenal viéronse libres el uno de esta molestia y el otro de su inquietud por un medio más natural: Mazarino, que padecía, desde hacía tiempo, de mal de piedra y de gota, supo, á fines de 1660, que su muerte estaba cercana.

Sintió naturalmente tener que abandonar su agradable existencia, pero con gran sangre fría puso en orden sus negocios, así los temporales como los espirituales.

Arruinado al final de la Fronza, había rehecho en siete años una fortuna que no puede ser calculada con exactitud, porque tomó la precaución de prohibir todo inventario; parece, sin embargo, que ascendía, por lo bajo, á unos cincuenta millones, es decir, probablemente unos doscientos millones de hoy. Los emolumentos de sus diversas funciones daban un total de 204.000 libras, y las rentas de sus gobiernos de Alsacia, de Vincennes, de La Rochela, etc., y las del obispado de Metz y de 27 abadías, entre las cuales había varias de las más ricas del reino, ascendían á 6 ó 700 mil libras; pero la inmensa fortuna que dejó no puede explicarse por las economías hechas sobre estas anualidades. El cardenal se enriqueció, como dijo Retz, por «la fullería» que «introdujo» en el ministerio.

Prestaba al rey bajo nombres supuestos y con libramiento sobre fondos seguros, y realizaba varias clases de operaciones afortunadas que le aconsejaba su intendente Colbert. Sacaba dinero de los cargos de la casa real y en su lecho de muerte negoció con los de la casa de la joven reina (incluso con el de lavandera), lo que le valió pingües ganancias. Pedía gratificaciones á los titulares de grandes empleos, en el momento en que tomaban posesión de ellos, y adehalas más crecidas de lo que era costumbre á los arrendatarios en el momento de las adjudicaciones. Contratava el abastecimiento de víveres para el ejército; hacía, según refería á la señora de Motteville el ministro Le Tellier, «grandes economías y tráficos en sus gobiernos; disfrutaba de varios fondos destinados al pago de los embajadores, de la artillería y del almirantazgo, encargándose de pagar estas atenciones que no pagaba; y de esta suerte cobraba mucho sin que pudiera probarsele que tomara nada del Ahorro.» Le Tellier confirma, pues, el testimonio de Fouquet, quien acusa á Mazarino de haberse hecho dar cada año millones del dinero del rey para «emplearlos á su antojo, ganando en las contratas á destajo, porque no pagaba á todos los empleados, dejando que se pudrieran los buques y las galeras y que cayeran en ruinas las fortificaciones para procurarse ganancias y liquidándolo todo por medio de algún libramiento para gastos secretos.»

Ahora quiere transmitir á los suyos el fruto de todas sus rapiñas, y no porque los ame, ya que parece no haber amado á nadie, sino por el orgullo del nombre por él ilustrado y por la ambición de que el esplendor de su familia lo perpetúe hasta la consumación de los siglos. Entonces casa á su sobrina Hortensia con el señor de La Meilleraie, á quien está destinado el título

de duque de Mazarino (1), y queriendo que el señor de Mazarino sea un gran señor, se propone dejar á Hortensia treinta millones. Pero en el momento en que dispone así de su fortuna, le acomete un temor: el rey es muy pobre, y siendo esto así ¿no habrá alguien que le decida á apoderarse de aquel montón de millones? Colbert aconseja á Mazarino que haga donación de toda aquella fortuna al rey, quien seguramente se la devolverá; entonces tendrá el cardenal la conciencia tranquila, habrá hecho fortuna nueva y la sucesión escapará á los peligros de las informaciones y de los procesos, puesto que será el rey quien habrá dado los millones. Mazarino siguió el buen consejo.

La corte se había instalado en Vincennes. La reina madre, siempre fiel, ocupaba unas habitaciones inmediatas á las del enfermo, á quien oía dar alaridos cuando le acometía alguno de sus ataques de sofocación, y acudía solícita á su lado; pero el cardenal se impacientaba y exclamaba al verla: «Esa mujer me matará... ¿No me dejará nunca en paz?» El rey, aunque de cuando en cuando iba á París para asistir á alguna fiesta, manifestaba á Mazarino gran afecto, y sentía profunda tristeza al verle en aquel estado; esto no obstante, tardó tres días en dar á conocer su negativa á aceptar la donación, lo cual demuestra que vaciló. Así que fué conocida su decisión, firmóse y rubricóse el testamento que hacía tiempo estaba preparado.

En la mañana del 3 de marzo, el cardenal había hecho llamar á los tres ministros, Le Tellier, de Lionne y Fouquet y les había manifestado su gratitud y ensalzado delante del monarca; y el día 7 despidióse del rey, de la reina madre, de Condé y de Turenna, dejando á cada uno como recuerdo un diamante ó una piedra preciosa. En aquellos últimos días dió á Luis XIV los consejos supremos, exhortándole sobre todo á que gobernara por sí mismo y á que se guardara mucho de nombrar un primer ministro; quizás aconsejó esto movido de su lealtad al rey, sabiendo como sabía mejor que nadie lo que un primer ministro puede costar á un reino, pero acaso también tenía celos de un sucesor posible y no quería que nadie disfrutara de los honores y de las riquezas que él se veía obligado á abandonar. Finalmente, para acabar de despedirse del mundo, dispuso que saludaran en su nombre á la Asamblea del Clero y del Parlamento, hecho lo cual ya no quiso pensar más que en Dios.

En el mes de enero había hecho prometer al padre Claudio Joly, párroco de Saint-Nicolas-des-Champs, que le asistiría en la hora de la muerte, después de lo cual había continuado ocupándose en los negocios y pasando muchas horas en el juego. Los que le veían jugar observaban que al recoger sus ganancias pesaba con la mano las pistolas y apartaba á un lado las más ligeras para jugarlas al día siguiente. Cuando los avisos de la muerte fueron más claros y más apremiantes, mandó á buscar al padre Joly, el cual, muy al corriente

(1) También entonces se efectúa el matrimonio de María Mancini con el jefe de la familia de los Colonna, á la que había servido el padre de Mazarino.

de lo que ocurría, quiso hablar al cardenal de sus pecados notorios y para ello sacó la conversación del empleo del dinero público. Pero Mazarino, que había previsto esta curiosidad, interrumpió al sacerdote diciéndole: «Os he enviado á buscar para oiros hablar de Dios.» Para confesarse de sus pecados había escogido á otra persona, el padre Angelo, superior de los teatinos, que por ser monje y por estar como á tal poco al corriente de los asuntos mundanos, y á la vez compatriota suyo, sería más discreto y más acomodaticio.

El cardenal, en sus coloquios con el párroco, lamentóse de sentir poco dolor por sus pecados, y en el momento de recibir el Viático hizo que aquél le explicara «los efectos de este sacramento y las disposiciones necesarias para recibirlo con provecho;» también le pidió que le dijera «los efectos del sacrificio de la misa, añadiendo que quizás no la había oído una sola vez en su vida conforme á las intenciones de la Iglesia.» Escuchaba al sacerdote sentado en una silla, vestido con una toga de color de fuego, afeitado, limpio, animado el semblante y difundiendo en torno suyo su respiración infectada. Al fin quedó bien preparado para morir; recitaba actos de contrición y los «pasajes más tiernos y más afectuosos de los salmos,» repetía el *Miserere mei, Deus*, y sus manos cruzadas oprimían un crucifijo. Hizo llamar al nuncio, á quien pidió la indulgencia plenaria «que los papas suelen otorgar á los cardenales en artículo de muerte,» y le anunció que dejaba una cantidad importante al Padre Santo para ayudarle á proseguir la guerra contra los infieles. Sin embargo, de cuando en cuando aún pensaba en el mundo y el día 7 por la noche todavía firmaba despachos. El día 8 oyó misa en su cámara «con gran aplicación de espíritu;» pero habiéndole uno de sus médicos, Vallot, ofrecido un caldo, no quiso tomarlo y miró «de una manera fija y penetrante» al que se lo ofrecía. La explicación de esto está en que Mazarino acusaba á sus médicos de que lo mataban y por esto no les dejó nada en testamento, al paso que se mostró generoso con su boticario. Poco después se arrepintió de la mala mirada que había dado á Vallot y pidió una absolución por haber murmurado contra la Facultad. El padre Joly le aconsejó que pidiera públicamente perdón de sus pecados y así lo hizo el cardenal, descubierta la cabeza, con un cirio en la mano y con perfecta humildad. Sus sufrimientos eran atroces: «¡Valor, decía, valor! ¡Es preciso sufrir!» En la noche del 8 al 9 comenzó la agonía, y á las dos de la madrugada expiró el cardenal en el momento en que abría un poco la boca para adorar el santo nombre de Jesús.

Si un personaje como este hubiese escrito la historia de su vida en forma de confesiones y hubiese dicho en ella toda la verdad de sus sentimientos y de sus actos, desde sus humildes orígenes y sus comienzos confusos hasta la apoteosis en que una de las dos manos sostiene la corona de Francia y la otra toca casi las llaves de San Pedro, habría dejado á la posteridad un documento humano que bien podríamos calificar de primer orden.

## LIBRO SEGUNDO

### LA INSTALACIÓN DEL REY

#### CAPÍTULO PRIMERO

##### EL REY (I)

I. La personalidad. — II. La educación. — III. El «yo» del rey.

##### I.—La personalidad del rey

Luis XIV contaba veintidós años y medio á la muerte de Mazarino y todo el mundo lo encontraba muy guapo. Una ligera disminución progresiva de la frente, una nariz larga de osamenta sólida, la redondez de la mejilla y la curva de la barba debajo del labio prominente, dibujaban un perfil acentuado, un tanto grave. En sus ojos pardos mezclábanse la dulzura y la gravedad, como se mezclaban en su modo de andar la majestad y la gracia; un porte majestuoso y el aire de grandeza realzaban su estatura, que era ordinaria; y en toda su persona había un encanto que atraía y una seriedad que mantenía á las gentes á distancia. Los contemporáneos pensaban que su figura por sí sola revelaba al rey, de quien dirá Berenice:

«Aunque la naturaleza le hubiese hecho nacer en la cuna  
[más humilde,  
el mundo, al verle, habría reconocido en él á su señor.»

El embajador de Venecia escribía diez años antes: «Si la fortuna no le hubiese hecho nacer gran rey, es indudable que la naturaleza le ha dado la apariencia de tal.»

No por esta majestad natural dejaba el joven rey de

(1) FUENTES: *Les Oeuvres de Louis XIV*, París, 1806, 6 vol. *Mémoires de Louis XIV pour l'instruction du Dauphin*, ed. C. Dreyss, 2 vol. París, 1860. Colbert, *Journal fait par chacune semaine de ce qui s'est passé pour servir à l'histoire du roi*, en el tomo VI de las *Lettres...* editadas por C. Clement. Cartas del P. Paulino, confesor del rey, al cardenal Mazarino, en P. Cherot, *La première jeunesse de Louis XIV* (1649-1653), Lille, 1892. Las Memorias de la época, especialmente las de la señora de Motteville y de la señorita de Montpensier. *Journal de la santé du roi Louis XIV* (1647-1711), *écrit par Vallot, à Aquin et Fagon*, editado por J. A. Le Roi, París, 1862. *Médailles sur les principaux événements du règne de Louis le Grand*, obra publicada por la «Académie des Médailles et Inscriptions» París, 1702. Saint-Simon, *Parallèle des trois premiers rois Bourbons*. Las Relaciones de los embajadores venecianos Giovanni Battista Nani (agosto de 1660), Alvise Grimani (1660-1664), Alvise Sagredo (1664-1665), en el tomo III de las *Relazioni...*

OBRAS DE CONSULTA: Además de las del P. Cherot y de La-cour-Gayet: Sainte Beuve, *Les œuvres de Louis XIV*, «Causeries du lundi,» t. V, pág. 313; *Le Journal de la santé du roi*, «Nouveaux lundis,» t. II, pág. 360. A. Peraté, *Les portraits de Louis XIV au musée de Versailles*, Versailles, 1896.

ser joven. Aficionado á las novelas y á los versos, afición que hicieron nacer en él las sobrinas del cardenal, leía colecciones de poesías y de comedias y le gustaba hablar de esta literatura: «Cuando emitía su opinión sobre estas cosas, escribe Mademoiselle, la emitía tan bien como un hombre que hubiese leído mucho y que tuviese perfecto conocimiento de lo leído. No he visto en nadie tan excelente sentido natural ni hablar de una manera tan justa.» Agradábanle todos los placeres; justaba admirablemente, corría sortijas, bailaba, representaba comedias y no se abstenía de las travesuras de las mascaradas. Los jóvenes y las doncellas nobles á quienes admitía en sus juegos, se detenían espontáneamente ante los límites de la familiaridad.

Era cortés, de cortesía natural, pero al mismo tiempo reflexiva, acomodada á la calidad de las personas y que jamás se equivocaba de una línea. Escuchaba «mejor que un hombre de mundo» y nadie encontraba ni decía mejor que él lo que en cada ocasión era preciso decir. Por fortuna no tenía esa clase de ingenio que está de moda en Francia y que consiste en burlarse, venga ó no á cuento, de las personas y de los sentimientos: «Nunca, dice Saint-Simón, habló en términos que pudieran disgustar.» Era reposado, ejercía un dominio asombroso sobre sí mismo y una explosión de cólera en él era un acontecimiento. En los primeros años consentía que Colbert le dijese las cosas más duras. Ningún rey ha mandado con tanto donaire como él, y la grandeza que en medio de este donaire conservaba y que se comprendía que emanaba de algo muy elevado, le prestaba un encanto al que nadie, francés ó extranjero, supo resistir.

No era malo, antes al contrario tenía impulsos de bondad y hasta de sensibilidad; amaba á su madre, á la que lloró á lágrima viva, y profesaba á su hermano una amistad que ciertamente no merecía aquel doncel demasiado lindo, emperifollado, de costumbres ridículas é innobles y á quien la señora de Lafayette aplicó una frase terrible: «El milagro de inflamar el corazón de ese príncipe no estaba reservado á ninguna mujer del mundo,» es decir, á ninguna mujer en el mundo. Mostrábase cariñoso con la reina, la infantil infanta cuyos grandes ojos le llenaban de admiración, y «lloró mucho» cuando enfermó en 1664. Un día en que se llevaba á la enferma, cuyo estado se creía desesperado, el bonete milagroso de San Francisco de Paula, el rey encontró la reliquia en la antecámara y la besó con devoción. La primera vez que viajó sin la reina «derramó lágrimas que quiso ocultar al público, pero que, ha-